

Editorial



Día de Muertos, la

marca de la casa

Bien visto, no es una paradoja que, al noviembre mexicano, se le denomine el **Mes de la Revolución** como expresión jubilosa de triunfo y esperanza colectiva y que, los dos primeros días de ese periodo, se dediquen a la recordación de los muertos. No lo es, porqué, tradicionalmente, éstas dos últimas fechas son, más que de luto, de relajo familiar chocarrero. Pero, paradoja sí es, corregimos, porque, lo que fue luminoso destello de victoria y promesa, ha sido apagado y devenido duelo y miedo en una sociedad que hoy teme hasta a su propia sombra, agobiada como está por la miseria y la barbarie.

No es que la gente del llano, la gran mayoría, haya sido gratificada plenamente -Utopía es un lugar remoto-, al triunfo de la Revolución y en su etapa de reconstrucción nacional. Pero hubo

época en que fue dotada de satisfactores a sus necesidades básicas, que le permitieron una existencia relativamente decorosa y tranquila: Tierra, empleo, vivienda, salud, seguridad social, educación, seguridad pública y modesta recreación, instituidos en el texto de una Constitución que procuró universalizar garantías individuales y derechos sociales en busca de una sociedad, si no igualitaria, menos desigual.

Los derrotados por los tres grandes movimientos históricos mexicanos, aferrados al partido del retroceso, se refugiaron en las sombrías y fétidas catacumbas, y desde ahí expectoraron su amargura: **Robolución**, le llamaron al régimen emanado de la lucha armada iniciada hace un siglo. No se quedaron sólo en el agresivo denuesto: Tuvieron la larvada astucia para esperar la revancha, mientras maquinaban ora sigilosa, ora estridente, la **contrarr**
evolución

Mataron a un Presidente reelecto, Álvaro Obregón, que encarnaba la amenaza de cumplimiento del programa revolucionario y del proyecto social-constitucional. Les faltó puntería para hacer lo mismo con los presidentes Pascual Ortiz Rubio y Lázaro Cárdenas del Río, y aun con Manuel Ávila Camacho, no obstante haberse declarado éste un Presidente **crey**
ente

, como concesión a la reacción católica, que se había complacido con el asesinato de Francisco I. Madero, y recibió bajo palio y en

Te Deum

al asesino usurpador Victoriano Huerta, y festinado la ejecución de Obregón.

Llegada la hora de la contemporización priista con Miguel Alemán y Adolfo Ruiz Cortines, no como un desafío, sino como una convicción, el arzobispo Luis María Martínez -identificado entonces por la revista **Time** como zapador del **camino de regreso** de la Iglesia católica- pudo decir en 1955: **Lo**

único que queda por hacer ahora, es cambiar la Constitución.

Fueron suficientes 33 años -la edad de Jesús en su calvario-, para que se confirmara el aviso del arzobispo Martínez: La jerarquía del catolicismo ocupó palco de honor en la toma de posesión del priista Carlos Salinas de Gortari en diciembre de 1988 y, en efecto, éste acometió el cambio de la Constitución. No preocupó a los prelados, contraliberales de vieja data, que se pusiera sobre rieles el neoliberalismo. Contaban con la promesa de que el cambio constitucional les retornaría algunos “derechos” perdidos, en cuyo reclamo contaban con el leal apoyo del partido católico, que en ese momento ya tenía listo el bolígrafo para firmar con el usurpador la **alianza estratégica**, que derivó a la larga en la entrega del poder presidencial a los herederos de los celebrantes del asesinato de Madero.

Noviembre mexicano: Mes de la Revolución. ¿Tienen algo que celebrar 80 millones de compatriotas que vegetan en condición de parias? No. Los que sí tienen que festinar, y mucho, son aquellos que llamaban **Robolución** a la traición al movimiento armado de 1910. Lo festinan, porque el cambio de la Constitución -la victoria de su revancha- les ha recompensado con creces, aun con lo que no se ha cambiado, pero es letra muerta: No hay “manos limpias”. Son manos que destilan sangre. Los que antes llegaban por lana y salían trasquilados, hoy llegan por lana y se retiran con mucha, pero mucha lana. La plutocracia sí puede festejar

Día de Muertos

. Lo puede festejar todos los días, porque muertos los hay de sobra, si no por plomo, por hambre. Es la marca de la casa:

La muerte tiene sus escuadrones

Día de Muertos, la marca de la casa

Escrito por EDITORIAL

Miércoles, 27 de Octubre de 2010 16:00

